

サンティアゴ巡礼路からヨーロッパ連合へ

DEL CAMINO DE SANTIAGO A LA UNIÓN EUROPEA

小林 一宏

KOBAYASHI Kazuhiro

紀元前一千世紀前半のケルト人の到来、前3世紀末に始まるローマによる征服と数世紀に及ぶその後の支配、続くキリスト教の伝播、3世紀以降のゲルマン人の移動。これらはいずれもピレネーによって妨げられることなくその南北に共通した。これに対して711年のイスラム教徒によるイベリアの征服はピレネーを遂には越えなかった。以後、ピレネーは南北を隔てる文明の境界線と化し、イベリアはキリスト教ヨーロッパから切り離された。さらにイスラム教徒が征服後に放置した北辺の山岳一帯に間もなく起こった反イスラム運動によってイベリア自体が南北に二分され、双方の間におよそ800年に及ぶ執拗で息の長い戦争状態（レコンキスタ）が続いた。

北のヨーロッパから切り離されて孤立し、南のアル・アンダルスからは不断の脅威に晒されたイベリア北辺の反イスラム運動はキリスト教信仰をアイデンティティーの核に結束はしたものの、人口は少なく、経済資源に乏しく、絶えず存亡の瀬戸際にあった。このような状況を長期に亘って生き抜くには超自然的な支えが必要だった。レコンキスタを生きたキリスト教徒の心性を理解しようとする時に看過できない聖ヤコブ（西語名サンティアゴ）信仰は恐らくこうした状況の下に生まれた。

サンティアゴ信仰はキリスト教徒の心の支えだけに止まらなかった。王権はこれを手立てにピレネー以北から人々を誘致して背後を固め、またヨーロッパとの絆の回復を図ろうと努めた。そこにはイスラムの征服によって切り離されたヨーロッパへの回帰の思いが秘められていた。この希望が叶えられるまでの道程はレコンキスタよりも長い時間を要した。ヨーロッパはピレネー以南を敵対する異教徒の地と見做し、彼ら異教徒と共存するイベリアのキリスト教徒の信仰に根深い不信感を抱き警戒した。カトリッ

ク両王による異端審問所の発足・レコンキスタの完遂（グラナダの征服）・異教徒の追放など、キリスト教国への脱皮を目指しての相次ぐ手荒な浄化策もこの不信感の払拭に効を奏さなかった。次いで近代国民国家の台頭という時代の流れに逆行するハプスブルク朝の汎ヨーロッパ政策の下でこれの尖兵となったスペインは、時には教皇までも含む全ヨーロッパからの憎悪を一身に負う破目となった。そして17世紀中葉以降、スペインが衰退に向かうと憎悪に蔑み加わった。こうしてピレネーの南北を分かつ亀裂は埋められず、スペインに強く惹かれた19世紀ロマン主義もエキゾチック・スペインを謳い上げることに終始し、却って異質なスペインというイメージを掻き立てるだけだった。

だが、20世紀前半の二度の世界大戦によって事態は一変した。三度目の大戦回避への第一歩としてウェストファリア条約以来の国民国家の在り方を巡る反省に立ってヨーロッパ連合が構想され実現への道を歩み始めた。さらに域外からの経済攻勢と冷戦後のグローバリゼーションへの対応という緊急の外圧に晒されたヨーロッパはもはやピレネーの南を従来のようには無視し続けられないという事情もあった。他方、折りしもそれぞれの独裁体制から自由となったスペインとポルトガルも政治と財政上の加盟条件を満たして遂にECへの同時加盟を果たした。これはイベリアの二国にとっては安全保障と経済発展もさることながら、千年以上も前に失ったヨーロッパの一員としての座の回復という積年の願望の成就を意味した。1986年は711年と並んでスペイン史の中で記憶されるべき年と言えよう。

La conquista islámica de la Península ibérica (711) fue un acontecimiento sin precedentes en el sentido de que convirtió los Pirineos en una barrera divisoria entre ella y el resto de Europa.¹ La Cordillera se erguía como frontera entre dos civilizaciones fatalmente antagónicas.² El norte consideraba al sur como enemigo de la fe o como tierra castigada por la Providencia a causa de los pecados que habían cometido sus reyes. Casi un siglo después comenzó a circular el rumor de que se había descubierto en un rincón de la antigua Gallaecia, apenas afectada por la convulsión, la tumba del apóstol Santiago. ¿Qué se sabe de cierto sobre esta piadosa novedad que luego tuvo un signi-

ficado irrefutable en la historia de España?³ Prácticamente nada. Lo que importa, sin embargo, no es la dudosa autenticidad de la tumba sino el impacto que el suceso dio a la evolución histórica posterior. A modo de aproximación al tópico, valdría la pena comenzar por preguntarse: ¿cómo vivirían entonces los habitantes de la franja septentrional de la Península?

La distribución demográfica entre las dos Españas⁴ era muy desigual: unos cuatro millones de habitantes en Al-Andalus y sólo medio millón, refugiado en el seno de las escabrosidades cantábricas de difícil acceso. Es aquí donde se levantaron, apenas a diez años de la invasión, elementos inconformistas al gobierno de los nuevos conquistadores del sur para dar origen al reino de Asturias a raíz de la batalla de Covadonga (718/722). Este hecho, sin embargo, no nos permite imaginar ahí una comunidad boyante y confiada en sí misma. Todo lo contrario. Minúscula y aislada, la cristiandad peninsular constituía una zona conflictiva y precaria entre los dos mundos enfrentados, llevando una vida de subsistencia con población escasa, recursos económicos míseros y existencia insegura. Si no se extinguió, no fue gracias a un milagro sino a las continuas y prolongadas guerras civiles de sus enemigos y al descuido de los gobernadores de Al-Andalus.⁵

Con la toma del poder (756) por un omeya, refugiado de la revolución en Damasco, Al-Andalus superó el desgobierno para constituirse en un Estado centralizado prepotente. El comercio mediterráneo vuelto a la vida gracias a la *pax islamica* y la agricultura remozada por la introducción de nuevos cultivos y técnicas avanzadas de Oriente le aseguraron una fase de expansión. Córdoba, la capital, contaría pronto con medio millón o más de habitantes, y allí empezaría las obras de construcción de la monumental mezquita que hoy admiramos, mientras que la corte no tardaría mucho en ganarse la

reputación de *el ornamento del mundo* debido a su prestigio en lo político, económico y cultural en competencia con Bagdad y Constantinopla. Si los emperadores de Oriente y Occidente enviaban embajadores al califa, los reyes cristianos peninsulares buscaban el arbitraje del mismo en sus litigios internos o le ofrecían en señal de sumisión princesas rubias destinadas a su harén para comprarle la paz.

Semejante ascensión andalusí se prestaba, desde luego, a acrecentar la angustia de los cristianos del norte, desamparados y acosados en el finisterre occidental. Carlomagno, el emperador de Occidente, se veía casi incapaz de actuar en su favor,⁶ teniendo que conformarse con retener el bastión de Barcelona recuperada en 801. A principios del siglo IX, época de consolidación de Al-Andalus, la sensación de haberse quedado huérfanos y la zozobra vivencial de aquellos cristianos llegarían al máximo para hacerles sufrir un paroxismo tal que tomaran una tumba romana por la supuesta del apóstol Santiago. Pero, ¿cuál de los dos? ¿El Mayor o el Menor? Para el pueblo común esto no tenía mayor importancia. La confusión entre ambos ya traía detrás larga historia. Lo importante era que allí yacieran unos restos identificables como suyos. En el subconsciente colectivo de la población constantemente al borde del peligro de extinción, dicha creencia encontró terreno fértil para arraigar y ganar cada día más adeptos entre los cristianos anhelantes de un apoyo sobrenatural para seguir viviendo en un medio tan inseguro y hostil.

A fines del siglo X la fama de la tumba del apóstol había crecido de tal manera que incluso en Al-Andalus se sabía de la misma y se la equiparaba en importancia con la Kaaba en La Meca.⁷ Almanzor, el azote de la cristiandad peninsular, destruyó en 997 la basílica compostelana llevándose sus campanas a Córdoba como trofeo, pero no se atrevió a profanar la tumba venerada. Lo cual contribuyó, desde luego, a aumentar todavía más el prestigio del santo supuestamente allí sepultado como arma decisiva contra los musulmanes. Nació

entonces la consabida figura de *Santiago matamoros*⁸ que, en momentos críticos de combate, se esperaba o se creía que descendía del cielo a lomos de un caballo blanco⁹ y espada en mano para salvar a los cristianos.

Américo Castro (1885—1972), que ha escrito muchas páginas sobre el culto jacobeo, observa en él los rasgos característicos siguientes:¹⁰

1. *Carencia de identidad*. Si los numerosos santos venerados en España ofrecen una constante identidad, a Santiago se le confundió desde siempre con otro próximo a él.
2. *Foraneidad*. Santiago fue un señalado regalo de los cielos para España con el que Dios quiso honrarla,¹¹ en tanto que los otros santos venerados en España procedían de su propia tierra.
3. *Marcialidad*. Santiago fue una sostenida línea de auxilio en la pelea contra el islam, función que no se atribuye a otros santos. Santiago fue ante todo un Antimahoma.
4. *Panuropeísmo*. El culto al Santiago español es el único que originó peregrinaciones internacionales eclipsando el de otros Santiagos existentes en Europa.

En este estudio interesan, por de pronto, los dos últimos: marcialidad y paneuropeísmo.

El siglo XI marca un cambio trascendental en la historia occidental. El papa Urbano II (1088—1099) exhortó a los reyes de la cristiandad a recuperar *manu militari* Tierra Santa (1095). Se inició la cruzada (1096—1270) que junto con el santo propósito llevaba en sí el ansia de desbaratar el bloqueo impuesto siglos atrás por el islam. La situación de Iberia se presentaba a su vez no menos dramática: cayó el califato cordobés (1031) y Al-Andalus se desintegró en una veintena de reñecillos llamados *taifas*; los cristianos se lanzaron a la ofensiva para apoderarse de Toledo (1085), la antigua capital visigoda; a esto reaccionó violentamente el islam mandando a la Península a los

almorávides (1086) seguidos por los almohades (1146) para neutralizar el avance cristiano. Era la etapa de mayor efervescencia de la Reconquista durante la cual se oía un grito memorable que recoge el *Cantar de Mio Cid*: los moros llaman ¡Mafómat!, e los cristianos ¡santi Yague! (v. 730).¹² Fue por entonces cuando entró en auge la peregrinación a la tumba del santo guerrero que pronto cobró un carácter paneuropeo. ¿Fue una casualidad esta coincidencia? O más bien, ¿los fenómenos estuvieron entrelazados unos con otros? ¿Hubo algo particular que la provocara? Sea cual fuere la respuesta, no parece muy desatinada la impresión de que Santiago se ponía a la cabeza de Europa toda representando su primer forcejeo expansionista en desafío al predominio del mundo islámico.¹³

Ahora bien, la ofensiva contra el Al-Andalus fragmentado y sus consecuencias plantearon a la cristiandad peninsular un problema muy grave: cómo asegurar la posesión de las tierras recién arrebatadas a los islamitas que quedaban despobladas. La introducción de la orden militar, institución nacida en Tierra Santa ocupada por los cruzados, fue una de las respuestas al problema.¹⁴ Pero hacía falta otra medida más fundamental, segura y duradera, y ésta sería repoblarlas con cristianos. Pero ¿cómo llevarla a cabo? La España cristiana seguía escasa de recursos humanos y el batallar sin tregua contra Al-Andalus exigía ser atendido con prioridad. A los reyes cristianos se les ocurrió entonces atraer gente desde más allá de los Pirineos haciendo propaganda de la portentosa tumba del apóstol y estimulando la peregrinación a la misma. Para hacerla realidad, los reyes de Navarra, Castilla y León hicieron cuanto estaba a su alcance: arreglar caminos, reparar puentes, disponer albergues, amparar peregrinos bajo la *pax regis*, etc. No sólo trataron de granjearse a éstos sino de invitar a inmigrantes a establecerse en ciudades y pueblos a lo largo de la ruta jacobea. Se les concedieron fueros específicos para facilitar el asentamiento de sus nuevos súbditos llamados *francos*¹⁵ sin hacer

mayor distinción de su procedencia.

La intención de los reyes peninsulares coincidió con un acondicionamiento europeo de la época que la favorecía. En primer lugar, el comercio europeo había entrado en fase de expansión exigiendo un volumen cada vez mayor de medios de pago, y Al-Andalus resultaba el país de mayor capacidad para satisfacer esta demanda con sus monedas de oro y surtir el mercado europeo de mercancías suntuarias de Oriente. En segundo lugar, esgrimiendo su argumento universalista la Santa Sede llevaba adelante un movimiento reformista al cuidado de los monjes de Cluny.¹⁶ Por último, el mundo intelectual europeo mostraba un fuerte interés por las ciencias islámicas atesoradas en el sur de los Pirineos.¹⁷ Había, pues, una múltiple motivación por parte de Europa para que ésta resultase un agente primordial en la promoción de la peregrinación compostelana. La afluencia de peregrinos de la máxima diversidad de procedencias¹⁸ fue de tal grado que si en el siglo XII un francés consideró oportuno escribir una guía del Camino,¹⁹ más tarde Dante elevaba el recorrerlo a la categoría suprema de la peregrinación.²⁰

Pese a todo, no le cabía al Camino de Santiago aspirar a la perpetuidad. La exploración de rutas marítimas, iniciada a fines del siglo XIII, fue abriendo una nueva época en la que la gente y las mercancías se moverían más por mar que por tierra, mientras en la sensibilidad religiosa surgió el culto a la Virgen para oscurecer a los santos altomedievales incluyendo al propio Santiago.²¹ Pero ante todo, el fracaso de la cruzada trajo consigo una doble consecuencia nefasta: por una parte, el cerco del islam se probó infranqueable al expansionismo europeo, y por otra la Iglesia vio su prestigio profundamente perjudicado con la añadidura del escándalo del Gran Cisma (1378—1417) y otras crisis del Renacimiento. Como consecuencia de todo esto, la peregrinación a Santiago decayó y el culto a Santiago

sobreviviría sólo en España.²²

El ideal de la Reconquista tempranamente manifestado en la profecía de la *Crónica Albeldense* de fines del siglo IX encubría otro anhelo colectivo: reintegrarse a la vida europea.²³ Teniendo en cuenta este hecho, se permitiría interpretar el Camino de Santiago también como un primer intento para hacer realidad este sueño español. Efectivamente, el Camino arrojó un éxito considerable: el rosario de iglesias románicas a lo largo suyo, el nacimiento del parlamentarismo, la introducción de la escritura carolingia y del rito romano para sustituir al mozárabe, la fundación de las primeras universidades hispanas, la elaboración de los cantares de gesta etc.²⁴ Seguramente todo esto autoriza, a primera vista, a suponer que los Pirineos como frontera se habían desvanecido. Pero no fue así, la Península permanecía desgajada de Europa.

Contemplado desde el norte, el sur de la barrera pirenaica seguía siendo un país extraviado por la convivencia de las tres religiones con sus iglesias, mezquitas y sinagogas a la vista de quienes cruzaban los Pirineos²⁵, condición que no podía tolerar la rígida cristiandad europea. Esta sensación de extrañez propiciaba a la indiferencia europea para con la Península²⁶ a la que ésta respondía más de una vez con falta de interés por lo que ocurría allende la Cordillera.²⁷ Más tarde, bajo el reinado de los Reyes Católicos, la consumación de la Reconquista (1492), la expulsión de los judíos (1492) y los musulmanes (1502)²⁸ y la depuración de los cristianos desviados o sospechosos de conversión fingida a cargo de la Inquisición de nuevo cuño (1480~1834)²⁹ no bastaron para que Europa se retractara de su vieja idea discriminatoria sobre la Península.³⁰

La ascensión de Carlos de Gante, de la austríaca Casa de Habsburgo, al trono de España (1516) tampoco trajo consigo ningún

cambio de la situación. Más bien resultó al final contraproducente, ya que dada la hegemonía universal temida y envidiada de la Monarquía Católica, el empeño y desempeño durante siglo y medio del emperador y de sus sucesores en la defensa del catolicismo y la República Cristiana acabó por atraer para la misma una rara mezcla de odio y encono por parte de toda Europa, compartida incluso por un romano pontífice.³¹ Su máxima exposición sería la *Leyenda Negra*,³² resultante de una obstinada campaña paneuropea en contra de lo español.³³ La brecha entre las dos vertientes pirenaicas se ensanchaba en vez de cerrarse.

Parecido fue, dos siglos más tarde, lo que supuso el cambio de dinastía cuando un nieto del Rey Sol de Francia asumió el trono de España (1700). Se cuenta que el embajador español ante la corte de Versalles gritó de emoción: ¡Ya no hay Pirineos! Vana proclamación prontamente desmentida, ya que la Europa ilustrada y enciclopedista no tenía mayor dificultad en continuar negándole a España la ansiada europeidad.³⁴ El romanticismo decimonónico, exaltador del *Volksgeist* de cada pueblo y, por cierto, muy interesado por lo español, no supo allanar el camino del reencuentro de Europa con la Península sino que acabó por reforzar al contrario el exotismo hispánico.³⁵ La polémica intelectual que se suscitó en torno a cómo salvar a la España humillada por el Desastre del 1898 no vendría sino a confirmar la persistencia de la extraeuropeidad española y la escisión psíquico-mental entre los propios españoles en un ayer aún reciente para nosotros. Baste recordar la bipolaridad intelectual: el casticismo unamuniano frente al europeísmo orteguiano.

No cabe la menor duda de que el advenimiento de la Unión Europea (1993) es uno de los acontecimientos más trascendentales en el último medio siglo. Han desaparecido prácticamente las fronteras políticas entre sus Estados miembros, ha surgido un mercado único donde circula una moneda única,³⁶ se emite un pasaporte único a sus

ciudadanos que les permite viajar, estudiar, trabajar y vivir en cualquier localidad dentro de un espacio equivalente a casi dos quintas partes de EE. UU.³⁷ y abrazar una identidad más amplia que la anterior. Esta novedad, que no es sólo la unión de la Europa occidental sino también la unión con su parte oriental liberada del totalitarismo de izquierda, es un tópico de la actualidad por excelencia, pero vista con la óptica del historiador no deja de presentar unas dimensiones que acaso podrían pasar inadvertidas. Démosles una somera ojeada.

En primer lugar, presenciamos la demolición progresiva del Estado nacional, obra maestra de la Europa moderna. Montada en esta nueva modalidad estatal Europa quebrantó por fin el asedio islámico para expandirse, a partir del siglo XVI, fuera de su geografía tradicional para ganarse la supremacía universal que duraría hasta la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, esta posición privilegiada no supuso un regalo gratuito, sino que le exigió a Europa el alto precio de un estado de guerra largo e incesante ora con alianza ora con traición dentro y fuera de una región que desembocó finalmente en las dos Guerras Mundiales que la dejaron asolada con millones de muertos. Hundida en las ruinas y expuesta a la aparición de la nueva fuerza de destrucción nuclear, Europa ha tenido que aceptar el imperativo de no reincidir por tercera vez en semejante locura³⁸ y, para conseguirlo, ha tenido que sacrificar hasta parte de la sacrosanta soberanía nacional, espina dorsal del Estado nacional consagrada en Westfalia como el supremo principio político internacional (1648).

En segundo lugar, el fin de la Guerra Fría (1989) ha desencadenado un proceso imparable de la mundialización con un desafío de doble filo para Europa: la consolidación de la preeminencia incontestable de EE. UU. en lo político, técnico, económico y militar, y la consiguiente subordinación en proporción directa de Europa en todos los aspectos de la vida humana. A la uniformidad estadounidense Europa opone el

respeto y la preservación de su innata diversidad en historia, tradición, lengua y modo de vivir humano.³⁹ A su inveterada inclinación a la *big stick policy*, el imperio del derecho y colaboración multinacional. Para hacer valer esta postura de resistencia, era imprescindible que los europeos se uniesen relegando a un segundo término sus intereses particulares alimentados por el nacionalismo moderno.

Por último, para compensar estos sacrificios Europa tenía en su acervo histórico un precedente de unión que la animaba a construir una nueva Europa. Se trataba de una unión cimentada en una triple herencia de la cultura grecorromana, el cristianismo y la aportación germánica --- nótese su diversidad de procedencia --- , y materializada por Carlomagno en el Sacro Imperio Romano, dos nombres que difícilmente se borran de la memoria colectiva europea. ¿Por qué no ensayar, entonces, una nueva unión con los reajustes necesarios a los tiempos que corren para salvar su razón de ser hoy amenazada desde fuera? A esta conclusión llegaron unas mentes privilegiadas y se pusieron manos a la obra.

En la creación y desarrollo de la Unión Europea, la coyuntura apremiante favoreció a España y Portugal, ya que, como manda la geografía física, la nueva unión europea quedaría inacabada sin ambos países. Éstos estaban, a su vez, preparados para responder dignamente a la llamada del Continente satisfaciendo las condiciones político-jurídico-financiero-sociales que exige el estatuto de admisión en la Unión. Así, por fin, la multisecular peregrinación de Hispania en busca de su identidad y su pertenencia ha llegado a su meta (1986).

Aún queda por ver, es verdad, si con este retorno al seno de Europa ha sido salvada también la escisión interna de la sociedad española exacerbada por la prolongada confrontación cristiano-musulmana bajo la Reconquista y transmitida en distintos órdenes a la posteridad para

constituir la causa principal de la siempre problemática y agitada convivencia española en tiempos modernos. Hoy por hoy parece precipitado dar una palabra definitiva sobre este detalle, palabra que se espera sea de tal índole como para dar, al mismo tiempo, por superada la bien conocida teoría de las dos Españas del maestro Ramón Menéndez Pidal.

Fin

Notas

1. Vale la pena recordar que los Pirineos no supusieron ningún obstáculo para la conquista romana, la difusión del cristianismo y la invasión germánica, tres acontecimientos claves en la demarcación de la Europa occidental.
2. En el mundo mediterráneo, según Fernan Braudel (1902–85), para la cristiandad el mundo islámico es como un gato plantado frente a un perro.
3. En este punto, los dos polemistas enfrentados, Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz (1893–1984), se dan un apretón de manos, puesto que el uno afirma que el culto a Santiago fue “una clave del esfuerzo reconquistador”, *Santiago de España*, Buenos Aires, 1958, p.27, y el otro responde que el mismo fue “una fuerza poderosa galvanizadora de la resistencia de la cristiandad del Noroeste hispano frente al Islam del siglo IX al XII”, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 2ª ed., 1962, vol. I, p.287.
4. Es curioso observar que los cristianos llamaban *Hispania* a Al-Andalus y los islamitas aplicaban el nombre de *Isbahniya* a la zona ocupada por sus contrarios. Real Academia de la Historia: *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, 1998, p.23–24.

5. Una fuente árabe posterior lamenta el haber despreciado a los primeros rebeldes del norte diciendo: treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos? SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *La España musulmana*, Buenos Aires, 1946, vol. I, p.59.
6. Su única expedición al sur de los Pirineos, relatada en la *Chanson de Roland*, resultó un fracaso rotundo. Es interesante señalar que el *Poema de Fernán González* condena dicha expedición tildándola de “locura y llaga de su ventura”. Edición de Emilio Alarcos Llorach, Valencia, 1955, v.131.
7. SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1946, vol. I, p.353.
8. La consabida imagen de Santiago matamoros procede de su aparición milagrosa en la supuesta batalla de Clavijo.
9. A lomos de un caballo blanco aparecen el Verbo de Dios y sus ejércitos celestes en el *Apocalipsis*, cap.19, v.11—14
10. CASTRO, 1958, p.30—32.
11. *Poema de Fernán González*, v.154. El poeta Gonzalo de Berceo, coetáneo del autor anónimo del poema, llama a Santiago “patrón de los españoles”.
12. El famoso grito de guerra “¡Santiago, y cierra, España!” siguió oyéndose durante la conquista de las Indias dejando su huella en no pocas fundaciones españolas. Respecto a la puntuación y el significado de esta locución, véase: IRIBARREN, José María: *El porqué de los dichos*, Pamplona, 1994, p.152.
13. Sobre la hegemonía del islam en la Edad Media, véase DUFOURCQ, Charles-Emmanuel: *La vie quotidienne dans l'Europe medievale sous la domination arabe*, Paris, 1978.
14. En el curso del siglo XII se fundaron en Castilla tres órdenes militares: Calatrava, Alcántara y Santiago.
15. Curiosamente los cruzados en Oriente Medio fueron llamados también *francos* por los musulmanes.
16. No hay que olvidar, además, que el papa Calixto II (1119—24), ex-abad de Cluny, tenía un interés particular en promover

- desde su posición privilegiada la peregrinación compostelana, porque era hermano de Raimundo de Borgoña casado con la reina Urraca (1109—26) de Castilla y León.
17. La inquietud de los estudiosos europeos se tradujo en la famosa empresa de la Escuela de Traductores de Toledo.
 18. Los peregrinos estaban formados por “Franci, Scoti, Theutonici, Iberi, Angli, Frisi, Armeni, Nubiani, Parthi, Russi, Hungari, Bulgari” .
 19. La guía, incluida en el *Liber Sancti Jacobi* alias *Codex Calixtinus*, fue escrita a mediados del siglo XII. Hay versiones francesa, alemana y española.
 20. CASTRO, 1958, p.30—31.
 21. Alfonso X el Sabio (1252—84), autor de las Cantigas de Santa María, nunca fue en peregrinación a Compostela. CASTRO, *Américo: La realidad histórica de España*, México, 1962, p.387.
 22. Aunque con la toma de Granada hubiera dejado de oírse el grito *¡Santiago, y cierra, España!*, el prestigio del Santo guerrero no perdió en popularidad disputándose con Teresa de Jesús el patronato de España aun entrado el siglo XIX. CASTRO, 1962, p.396—397.
 23. CASTRO, 1958, p.46.
 24. Estos cambios notables en el orden cultural no podían haber sido ajenos a la política del europeísta Alfonso VI (1072—1109).
 25. Al recordar que la iglesia del Cristo de la Luz fue antaño una mezquita y la de Santa María la Blanca una sinagoga, este paisaje del pluralismo religioso peninsular no pierde actualidad aún hoy día en Toledo.
 26. La indiferencia europea fue manifiesta en su poco interés y su escasa participación en la Reconquista, y por lo demás los auxiliares ultrapirenaicos se revelaban ineptos para la cruzada peninsular por ser dados a *mol jazer e suau dormir*, esto es, amigos de la comodidad. MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La*

- España del Cid*, Madrid, 1969, p.639.
27. El ambicioso deseo del Rey sabio de ocupar el trono imperial no fue bien visto en las Cortes de Castilla.
 28. La expulsión de los musulmanes no fue completada sino hasta el comienzo del siglo XVII.
 29. La Inquisición, institución creada para hacer de España un país netamente cristiano, se convirtió durante las Guerras de Religión de los siglos XVI y XVII en un estigma de heterogeneidad española en el concierto europeo en vías de secularización por representar el fanatismo religioso, la crueldad y el oscurantismo, tríada de infamia encarnada en Felipe II, al decir de sus enemigos.
 30. Recuérdese la frase de rechazo seca y rotunda de Erasmo *Non placet Hispania* citada en BATAILLON, Marcel: *Erasmo y España*, México, 1950, p.77.
 31. Es bien conocido el antiespañolismo del papa Pablo IV (1555—59), quien tildó a Carlos I de “instrumento de Satanás” y a Felipe II de “hereje, infiel, hipócrita” .
 32. La denominación *leyenda negra* proviene del título de una obra de Julián Juderías (1875?—1918) editada en 1914.
 33. Son varios los dichos populares que con sutileza aún no dejan de reavivar la *Leyenda Negra* predicando: *Europa termina en los Pirineos* o *Más allá de los Pirineos es África...* etc. Huelga decir que aquí lo que implica el término *África* no es de orden geográfico sino cultural.
 34. Recuérdese la frase del enciclopedista Masson de Morvilliers *Mais que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?* citada en PÉREZ, Joseph : *L'Espagne du XVI^e siècle*, Paris, 1977, p.124. En esta línea de continuidad encaja el exabrupto antihispánico en el preámbulo de *Civilisation* (1969) del británico Kenneth Clark (1903—83).

35. Una ojeada al argumento de las obras de la ópera decimonónica es suficiente para convencerse de cómo estuvo de moda lo español empezando por *Carmen*, *Don Carlo*, *Il barbiere di Siviglia...* etc. Esto aparte, es verdad que el franquismo se aprovechó de esta fascinación europea por lo español, entrada la década de los años 60 del siglo pasado, para atraer el turismo internacional con el lema *Spain is different*.
36. La circulación del euro está hoy por hoy limitada a 12 de los 25 países miembros de la Unión en 2005.
37. Esta proporción es del año 2005.
38. A propósito se recuerda una obra de un escritor político español, Diego de Saavedra y Fajardo (1584—1648) *Locuras de Europa*, una cruda descripción de la Europa de Estados nacionales entregada a un *powergame* interminable alimentado por ambiciones, suspicacias, disfraces, traiciones etc. que le tocó vivir.
39. Buen ejemplo de este principio pueden ser los artículos 2 y 3 del título preliminar de la Constitución española actualmente en vigor.